

Fuera de VALIJA

1º abril 1950

nº 220

SENCILLAS PALABRAS DE UN SENCILLO GENERALISIMO

LOS periodistas mexicanos que han inaugurado un servicio aéreo con España han recogido de paso unas declaraciones del generalísimo, quien sorprendió a sus visitantes sobre todo por su sencillez. En vez de aparecer ante ellos sentado en el trono y vestido como Chindasvinto, o montado a caballo y con la armadura de Carlos V, el reyezuelo del Pardo los recibió vestido con un traje azul obscuro y una corbata del mismo color. No cabe, en efecto, nada más sencillo. Y si sencillo fué su atuendo, no lo fueron menos sus palabras, de las que nos han llegado varias versiones. En una de ellas se acentúa la nota pacifista, en otra se destacan los sabios consejos al mundo, en la siguiente se insiste sobre las ventajas de la Hispanidad bien entendida, y en todas se repiten los ataques contra el liberalismo, causa de tantos males.

Resulta ahora que el Caudillo, que no sólo es general sino generalísimo tiene un concepto deplorable de la guerra. "Yo, que soy militar —ha declarado Franco—, puedo decir con todo conocimiento, que no es la guerra la que soluciona los problemas de los pueblos. Nada solucionó la primera guerra, ni la segunda, ni nada habrá de solucionar una tercera guerra". El singular guerrero, cuya profesión es hacer la guerra, dice eso "con todo conocimiento". Quizá también con algún retraso. En efecto, el momento de combatir la guerra no es después de hacerla, sino antes de desencadenarla. Antes del 18 de julio de 1936 es cuando debió decir Franco, profesional de la guerra, lo que ahora dice sobre la inutilidad de la guerra.

"Nada solucionarla la guerra —debió explicar entonces el caudillo a las belicosas fuerzas facciosas que capitaneó—. Vamos a llenar España de tumbas y de escombros y no podremos resolver ningún problema. De la ruina de la guerra tardará muchos años en levantarse España". Si Franco hubiera hablado así hace quince años, hubiera demostrado ese don profético que debe distinguir a un político. Pero Franco sólo se ha distinguido como profeta del pasado, es decir, como profeta que nunca acierta lo que va a pasar ni aun después de haber pasado. Provoca una guerra para salvar a España y luego, al verla ensangrentada, destruida, exclama: "¡Ahora resulta que la guerra no sirve para nada!" Y esos son precisamente los títulos que ese rayo de la guerra que es el generalísimo ostenta para salvar al mundo.

las Las

También ha explicado Franco a sus visitantes cómo España "ha sacrificado parte de las libertades individuales para lograr la libertad nacional". Es decir que la libertad del todo está formada, según Franco, por la falta de libertad de cada una de las partes. El individuo en España no tiene libertad, pero la nación en cambio sí la tiene para no ser admitida en las Naciones Unidas y para no conseguir los créditos que requiere su restauración económica y para no encontrar quién le dé trigo; por todo lo cual se halla en absoluta libertad de quedar aislada y de morirse de hambre. Y todo eso no ha costado sino el pequeño sacrificio de la libertad individual. Como quien dice: buena libertad individual hemos perdido, pero mejor carta de racionamiento hemos ganado, y si el individuo no es libre, en cambio la nación tiene perfecta libertad para ir por ahí mendigando dólares.

A.P.C.E. SIG. 1.25/1383.

El generalísimo Franco ha señalado también a los periodistas mexicanos la ceguera del mundo, que no ve claramente donde está el peligro que le amenaza. Esto es, el mundo hace mal en no imitar a España, que resolvió sus problemas gracias a la guerra, la cual, como afirma Franco, no sirve para resolver los problemas de los pueblos. El mundo se equivocó al no seguir el caso de Franco cuando éste afirmó que los aliados tenían perdida la guerra. El hecho de que los aliados la ganasen demuestra precisamente la insensatez del mundo. Franco tenía un mundo perfectamente organizado, en el cual estaba matemáticamente descartada la posibilidad de que Hitler se suicidase entre las ruinas de la cancillería berlinesa y que Mussolini fuese colgado por los pies en una plaza de Milán. En todo caso, tal como había organizado Franco al mundo, de producirse esos hechos absolutamente inverosímiles, lo lógico hubiera sido que Franco hubiese seguido en cierta forma la suerte de sus maestros y compilotos. Pero resulta que Hitler y Mussolini están ya en los infiernos, mientras que Franco sigue en El Pardo, recibiendo sencillamente a los periodistas mexicanos. En estas condiciones hay razón para que Franco contemple con cierta alarma la insensatez del mundo.

Finalmente, Franco ha lamentado que "España se retirase demasiado pronto de América". "Hubiera sido conveniente —ha dicho— que España hubiese estado sesenta años más allí..." Y refiriéndose más concretamente a la Argentina, añadió el Caudillo que "en ese tiempo se hubiese podido constituir nuevas ciudades en lugares más adentrados de las Pampas". Pero ¿por qué sólo sesenta años más? El ideal franquista debiera haber sido la continuación en América hasta el advenimiento del propio Franco, para que éste se hubiera dedicado a construir esas ciudades en las llanuras argentinas. Así, por ejemplo: bombardeo en Granollers: casa nueva construida en las Pampas. Destrucción de Guernica: nueva ciudad levantada en la Patagonia. Benicarló arrasado: vengan los albañiles a edificar a orillas del Paraná. Y así sucesivamente. De no haberse retirado España tan pronto de América, Franco hubiera podido alternar, por fin, la destrucción de algunas ciudades en España con la fundación de otras en las Pampas. Poco ha faltado, pues, para que Franco hubiera podido demostrar en el nuevo mundo su espíritu creador. Por ese poco, España ha tenido que sufrir sola en el viejo la capacidad destructora de Franco, el hombre que hizo la guerra sin esperar nada bueno de ella.

En verdad, el generalísimo, con su traje azul obscuro y su corbata del mismo color, dió a esos periodistas mexicanos, navegantes del aire, una impresión de gran sencillez. Ni corona, ni manto de armiño, ni coraza, ni mandoble. Ni manojo de rayos como Júpiter, ni palabras grandilocuentes. Sólo unas cuantas tonterías, dichas, desde luego, con toda sencillez.

EL VALIJERO